

CAPITULO XI.

SUMARIO.

(Continuacion del mismo asunto.)

Apariciones y desapariciones.—Prohibicion de erigir templos á los muertos que se aparezcan.—Táges brotando de un surco.—El hecho lo asegura formalmente Ciceron.—Aparicion de Pan á Filípides en el Partenion.—Publio se aparece y predice la ruina del imperio romano.—Un sacerdote de Júpiter vuelve de la tumba y denuncia á un asesino.—Gabinio trae á Pompeyo noticias de los dioses infernales y le anuncia prosperidades.—Monstruos y fantasmas.—Los bueyes de la Isla del sol.—Espectros y simulacros.—Lucrecio asegura su realidad y niega que sean *almas prófugas del Aqueroné*; da una mala explicacion sobre la causa de ellos.—Ceremonia de los Lémures descrita por Ovidio.—Señal que destierra las sombras.—Habas negras, moneda de ultratumba.—Comparacion.—Reflexion.—Una escena del *Mostellaria* de Plauto.—El alma de Diapuncio y el alma de Carlos Rayn.—Notables coincidencias.—Las evocaciones.—Trespotia, Ténaro y Heraclea lugares consagrados á ellas.—Periandro evoca á su esposa Melisa.—Calondas hace que sea evocado el espíritu del poeta Arquíloco.—Pausanias hace lo mismo con el alma de la jóven Cleonicia.—El rey latino evoca á su padre Fauno. La desecracion es una especie de evocacion.

Vamos ahora á hablar de las apariciones y desapariciones, de los fantasmas y monstruos que ponian en terror á aquellas como a estas

gentes, y de la evocacion de las almas de los muertos, práctica comun á ambas edades, la antigua y la moderna. Seremos breves.

En cuanto á las primeras, son innumerables las de que autores respetables han perpetuado la memoria. Platon, en el *Libro de las leyes*, no quiere que se erijan capillas ni templos á los espíritus que se aparezcan, ya de noche, ya de dia. Ciceron cuenta que Táges se mostró brotando súbitamente de un surco, á un labrador, el cual, espantado á su vista, comenzó á dar voces, y ante la muchedumbre de etruscos que se reunieron á sus clamores, Táges les hizo saber muchas cosas que se escribieron. “Estas cosas, añade, las sabemos de ellos mismos; las conservan escritas y son la fuente de su disciplina.” (1) Herodoto da por cierta la aparicion de Pan á Filípides cerca del monte Partenion, y dice que el templo que se le erigió y el culto que se le rendia en Aténas no reconocieron otro principio. (2) Phlegon testifica que el poeta Publio devorado por un lobo se apareció y predijo la ruina del imperio romano. Aristóteles habla de

1 Cic. De Div. Lib. 2.º XXIII.

2 Herodoto. VI. 105.

un sacerdote de Júpiter que volvió después de muerto á denunciar al asesino, y Plinio de la aparición de Gabinio á Pompeyo, manifestándole que los dioses infernales estaban contentos y satisfechos de su persona, y que su empresa tendría un éxito felicísimo:

Respecto á monstruos, eran frequentísimos entre griegos y romanos. Entre muchos que forman el maravilloso de la Odisea, Homero refiere uno de que fueron testigos los compañeros de Ulises sucedido en la Isla de Sol. Habiendo aquellos degollado parte del rebaño consagrado al padre de la luz, éste irritado por el horrendo sacrilegio, determinó castigarlos. “Los dioses, dice el gran poeta épico, no tardaron en enviar á estos desgraciados signos de su cólera; las pieles de los bueyes descuartizados se pusieron á andar; las carnes que se asaban sobre los carbones encendidos comenzaron á mugir; las que aun permanecían crudas respondían á sus mugidos, de tal manera y con tanta verdad que se creía oír á los bueyes mismos.” (1)

Lucrecio en su poema de la *naturaleza de las cosas* habla como historiador á su querido Me-

1 Od, L. XII.

mio, de la multitud de sombras, monstruos y fantasmas que se dejan ver por todas partes y á todas horas; y como filósofo se ocupa en averiguar su causa y en explicar cuáles son y por qué son. Oigámosle y adelantaremos mucho en nuestra tarea.

“Entremos ahora, dice, á tratar de una materia diferente, pero íntimamente ligada á las verdades que te he hecho conocer. Bien sabes que hay en el espacio sustancias que llamamos *simulacros*, que son, por decirlo así, á manera de membranas desprendidas de la superficie de los cuerpos, que andan volando al acaso en medio de la atmósfera, nos espantan en el estado de vigilia, y en sueños asedian nuestro espíritu con *figuras nonstruosas*, *espectros* y fantasmas, cuyo horrible aspecto nos despierta. No creas que estos *simulacros* ligeros sean *almas tráfugas del Aqueronte* que se empeñan en andar volando entre los que viven y en entremeterse todavía en las escenas de la vida; porque, cuando el cuerpo y el alma, al separarse, han vuelto á sus elementos, la muerte no deja sobrevivir la mas pequeña parte del sér que ha herido con su guadaña. (1)”

1 De Natura Rerum. L.º 4. versos del 33 al 44.

Fueron conocidos, pues, por Grecia y por Roma los monstruos y fantasmas que se aparecen y desaparecen. Por lo mismo, esas figuras humanas que ven los espíritas de hoy, no son una cosa nueva en la historia de la humanidad. Tampoco es una teoría científica nueva en los anales de la filosofía, la que atribuye aquellos fenómenos á las almas de los difuntos, que quieren entrar en comunicacion con los vivientes. Fíjese la atención en las palabras que de intento hemos subrayado, y se convencerá el mas preocupado de que eso que admira y pasma á los discípulos de Allan Kardec, no es mas que un desecho de las antiguas supersticiosas que el cristianismo habia logrado extirpar; un retoño del árbol venenoso, que las ideas paganas, hácia las cuales retrogradan las modernas generaciones, han fecundado, permitiéndolo Dios en castigo de su inmoralidad y de su locura.

Lucrecio, que por lo visto, no era espírita, ni espiritualista, puesto que negaba la teoría de los que creen en las comunicaciones de los vivos con los muertos, y puesto que para él la inmortalidad del alma era una quimera, no toma el partido de negar su notoria realidad, como lo hacen algunos en ahorro de trabajo, ni de atribuirlos á demencia ni á locura, como otros no

hallan reparo en asegurarlo. Esto habria equivocado á declarar que ninguno de los sabios é ignorantes que existieron en la antigüedad, habia tenido expedito el uso de la razon: que todos se encontraban desprovistos de juicio, y que tan numerosos pueblos y naciones tan ilustradas y poderosas no fueron otra cosa mas que casas de verdaderos orates. Lucrecio se cuidó bien de tocar extremos tan desesperados; y así es que no se atreve á borrar con mano temeraria una página sola de la historia, aunque, al dar la explicacion de aquellos fenómenos, deje asaz corrida y mal puesta la filosofía.

Hé aquí de qué manera explica los innumerables monstruos que aparecen y desaparecen. Su teoría, aunque errónea, no es para pasarse en silencio, por cuanto á que confirma la realidad de los hechos de que trata de darse cuenta.

“Yo aseguro, dice que los *simulacros* ó imágenes de todos los cuerpos andan volteando bajo todas las formas, y llenan el espacio: por su sustancia fina y delicada se juntan fácilmente en los aires, se mezclan como las telas urdidas por la araña, Son mas sutiles que las imágenes que se escapan de los objetos y afectan nuestra vista, porque penetran al interior del alma y mueven sus resortes. He aquí por qué vemos

Centauros, miembros de Syllas, colas de Cerberos y las imágenes de los difuntos, cuyos cuerpos están ha tiempo encerrados en las entrañas de la tierra..... El Centauro que miramos no es la imagen de un sér que haya existido realmente: es formado por los simulacros del hombre y del caballo, que el acaso ha reunido y á cuya combinacion han contribuido su flexibilidad y sutileza....." (1)

No pasemos adelante sin hacer notar otro rasgo característico que marca la identidad de las apariciones á que alude el discípulo de Epicuro con las de que dan testimonio los espíritas. Esos *miembros de Silas, esas colas de Cerberos* que vagan por el aire, valen bien lo que esas manos sin cuerpo que escriben ahora y que tocan, ya frias ya abrasantes, á los que asisten á una sesion de espiritismo.

La antigua ceremonia nocturna de los Lémures descrita por Ovidio tan minuciosamente y en tono sério, no tenia otro fin, en concepto del poeta, que ahuyentar las sombras de los muertos que se gozaban en entenderse y tratarse con los vivos.

1 Lucrecio de Nat. Rer. L.º 4.º

"En medio de la noche, dice, cuando el silencio favorece el sueño, y no se oyen los ladridos de los perros, ni los varios cantos de los pájaros, el que ha quedado fiel á los ritos antiguos y que teme á los dioses, se levanta descalzo, *con sus dos dedos, el índice y el pulgar reunidos, hace oír la señal que destierra las sombras ligeras*, para que no se levanten delante de él, si anda sin hacer ruido. Tres veces lava sus manos en el agua de una fuente, vuelve y toma en su boca habas negras, y las arroja luego detras, diciendo: *arrojo estas habas y con ellas rescato á mí y á los míos*. Nueve veces pronuncia estas palabras sin mirar atrás; segun la creencia, la sombra las recoge y sigue su camino sin ser advertida. De nuevo se lava las manos y hace resonar el bronce de Tamesa, conjura á las sombras á que abandonen su casa, y después de haber dicho nueve veces, *Manes paternas, salid*, mira hácia atrás y cree haber cumplido con todos los ritos de la ceremonia." (1)

Miéntas mas estudiamos, la identidad de los hechos espiritísticos antiguos y modernos es

1 Ovid. Fast. 5.º

mas palmaria hasta el mas insignificante de sus pormenores.

La ceremonia de los Lémures era nocturna: los espíritas recomiendan que sus sesiones se tengan por la noche. La señal á que obedecian los manes ó las sombras de los difuntos, en tiempo de Ovidio, era el ruido que el iniciado hacia, rozando ó juntando el dedo *índice con el pulgar*.

“Signaque dat digitis medio cum pollice junctis.”

Recuerden nuestros lectores que esa misma fué la señal por cuyo medio las jóvenes Foxl lograron entenderse con los espíritus en Hydesville. Los conjuros por nueve veces repetidos para que se auyenten las sombras, alguna relacion deben tener con las nueve clases de espíritus imperfectos que procuran hacerse propicios *los creyentes espiritualistas*:

Una palabra más acerca de este punto, con el fin de que resalte más la identidad de los antiguos y de los modernos prodigios, para ocuparnos en seguida de las evocaciones.

Asistid primeramente á la representacion de una escena de una de las comedias de Plauto, y despues recordad la primera *comunicacion espí-*

rita que tuvo lugar en los Estados Unidos del Norte; y no podreis ménos que exclamar conmigo: ¡el árbol se conoce por sus frutos: los frutos son iguales: iguales deben ser los árboles que los han producido!

Oigamos á Plauto. La escena pasa entre Theuropide, dueño de la casa teatro del hecho que se refiere, y Tranion, esclavo de Theuropide.

“Theur.—¿Cómo? ¿que prodigio tienes que anunciarme?

Tran.—(Señalando los esclavos cargados de bagages.) ¡Pronto! por favor mandadles que se retiren de aquí.

Theur.—(A los suyos.) Retiraos. (Diciendo esto, toca la tierra con el dedo para aplacar á los dioses infernales.)

Tran.—(A los esclavos.) No toqueis la casa: tocad mas bien la tierra.

Theur.—Pero, te conjuro por Hércules, espílicate.

Tran.—Siete meses ha que nadie ha entrado en esa casa, desde que nosotros la abandonamos.

Theur.—Espílicame el motivo.

Tran.—Mira por todas partes si alguno nos escucha.

Theur.—(Después de haber visto.) Puedes hablar con seguridad.

Tran.—Vuelve á ver.

Theur.—Nadie hay aquí..... Habla por fin.

Tran.—Se ha cometido un asesinato horrible.....

Theur.—¿Cómo? No comprendo.....

Tran.—Se ha cometido, os digo, un crimen en otra ocasion, hace ya largo tiempo. El suceso es antiguo y no hago mas que referirlo.

Theur.—¿Cuál es el crimen? ¿Quién es el autor? dímelo

Tran.—Es un huésped que sorprende á su huésped y le estrangula con su propia mano. El asesino es, segun creo, el que os ha vendido la casa.

Theur.—¿Le ha estrangulado!

Tran.—Y le ha robado su oro; después le ha enterrado en la misma casa.

Theur.—¿Qué indicios teneis?

Tran.—Voy á decíroslo. Un día vuestro

hijo comió en la ciudad; á su vuelta nos venimos á acostar y nos dormimos. Por casualidad olvidé apagar mi linterna; y él lanza un gran grito.

Theur.—¿Qué es esto, hijo mio?

Tran.—¡Chist! ¡silencio! escuchadme.

Theur.—¡En sueños! ¿verdad?

Tran.—Sí; pero escuchad: y que el muerto le habia hablado así.

Theur.—(Interrogándole) ¿En sueños?

Tran.—¿Querriais que estuviese dormido un hombre ahorcado hace sesenta años? Delirais algunas veces de un modo extraño.

Theur.—Me callo.

Tran.—He aquí lo que le dijo: “Soy Diapocio, un extranjero..... Aquí habito. Esta casa está en mi poder. Pluton no ha querido recibirme en el Aqueronte, porque he muerto antes de tiempo. Fuí víctima de la traicion; mi huésped me asesinó aquí mismo; sepultó mi cadáver en este mismo lugar secretamente y sin funerales. El malvado codiciaba el oro que yo poseia; tú, ahora, sal de aquí. Esta casa está manchada por el crimen; es una impiedad habitar en ella.”

Un año entero no bastaría para referiros todos los prodigios que se producen en estos lugares." (1)

Recordad ahora la primera comunicacion espírita moderna en Hydesville. Cambiad solamente el nombre de Diaponcio por el de Carlos Rayn, y tendreis la más perfecta de las ecuaciones. Ambos aparecidos asesinados por sus huéspedes, los dos sepultados en la casa en que se aparecian; y uno y otro asesinados por la sed de oro que devoraba á los asesinos

Tantas coincidencias no son de explicarse, sino bajo el concepto de que uno mismo haya sido el espíritu que hablaba por la boca de Diaponcio y de Carlos Rayn.

Pasemos á las evocaciones. Estas, como las apariciones, eran frecuentísimas y ordinariamente se acompañaban. Ellas son el alma de la nigromancia antigua. La Trespotia, Ténaro y Heraclea se hicieron célebres, porque estos lugares estaban consagrados de una manera espe-

1 Plauto. Mostell. Act. 2. ° Escena II. Sea el relato de Tranion un ardid, él comprueba, sin embargo, lo que se quiere, pues dejaría de serlo.

cial á estas prácticas. Periandro, tirano de Corinto, habiendo asesinado en un trasporte de ira á su esposa Melesia, á quien amaba tiernamente, se dirigió á Trespotia solo con el fin de evocar su espíritu. (1) Calondas ocurrió á Ténaro é hizo que los sacerdotes evocasen la sombra del poeta Arquíloco á cuyo matador deseaba conocer. (2)

Pausánias hizo igual cosa respecto del espíritu de la jóven Cleonicia á quien habia dado muerte, valiéndose de los sacerdotes de Heraclea. El rey Latino evocó á su padre Fauno para que le indicase, si casaría con Turno á su hija Lavinia. (3) En suma, la ceremonia de los Lémures descrita por Ovidio, no era otra cosa mas que la *desecracion*, que es una especie de evocacion.

La evocacion que en su origen se dirigió á las almas de los difuntos, se extendió á los dioses. Innumerables son los ejemplos que pudie-

1 Herodot. V. 29.

2 Plutarco. De sera num. vind.

3. Virg. Eneida, L. 7.